

## Poesía y conciencia

*Palabras civiles para después del tiempo* llamaba Rafael Pérez Estrada, el radical poeta de la imaginación, a la impaciencia poética que, sepultada bajo el tonelaje de los crímenes políticos y los espectros ideológicos del exterminio, aún espera dar pregunta a los nuevos deseos de la respuesta, aquella que averigua en la zona del conflicto el decurso de la conciencia crítica de la condición humana. Imaginar es resistir, salirse del surco de la productividad utilitaria que favorece las secuelas del déficit, la pérdida de sentido y el estrago de lo silencioso no significativo, el culto al logro banal de las retórica publicitarias del exceso. Permanece la reivindicación y permanece la deuda con la felicidad que nunca fue, la carencia del proyecto ético que abandona el ámbito de la poética para prefigurarse en distracción ilustrada o lenguaje normalizado del correlato, unas veces inocuo, otros cómplice, de las estrategias de dominación y poder. Frente a la violenta propaganda con que la sociedad de libre mercado usurpa las analogías metafóricas de la felicidad, el ejercicio poético acaso se constituya en un acto de legítima defensa contra la soberbia obstinación del poder para mentir, para oponerse al principal argumentativo del nuevo fascismo, la tendencia revisionista a reconvertir el concepto de la dignidad humana, amparada por el desarrollo de los derechos civiles de la persona, en cliente con acceso a la burocracia restringida de la hoja de reclamaciones del consumidor. La variación eufemística de lo denominado como explotación, sojuzgamiento, arbitrariedad, tortura sociológica, hipotecan el territorio de las ensoñaciones del porvenir. La nueva utopía no carece de destinatario ni ha caducado su intuición imaginaria en el porvenir, son los habitantes de la última zona de peligro de la realidad, los sometidos al viejo orden de la aún más vieja explotación del hombre por las renovadas oligarquías financieras que siguen ocupando su lugar dominante en la ancestral costumbre del privilegio de clase. Volver a nombrar la realidad, desmontar sus mecanismos de usura, las retóricas de sostenimiento y los discursos persuasivos de domesticación, puede ser también, para quien tal dialéctica asuma como necesidad inherente a la ética de la conducta y la naturaleza misma del arte, una tarea de reflexión y praxis. Es decir, contribuir, frente al documento sucedáneo del entretenimiento banal, a hacer lo que la poesía ha hecho desde su posicionamiento crítico en la modernidad: desobedecer el ordenamiento de la costumbre, adelantarse a los significados, preveer la catástrofe y enunciar las dudas que contribuyan a revertir hacia lo liberante el proceso histórico del desmantelamiento de la sociedad democrática y la extrema peligrosidad del estado mercantil autoritario.

Hablo de la persona y su presencia nada simbólica en las ficciones restauradoras del ensueño, de los débiles en el vasto territorio de su olvido, y hablo del amparo que ofrece la poesía como visión purificadora a través del lenguaje de la delicadeza humana frente a la toxicidad del mercado como único regulador de la conducta social. Hablo de los desplazamientos que propone el lenguaje poético hacia otras zonas de la experiencia, de las visiones intransferibles de la individualidad mágica, de las experiencias espirituales del arte y el pensamiento de creación y cultura como motor dialéctico de las transformaciones sociales. Es el individuo, la persona sola y única ante la lectura de su propia soledad, el último de los huéspedes posibles en los relatos restauradores de la conciencia histórica. Busca su habla, la duración de su escritura, un hacerse presente en el proceso incoado al desamparo, las poéticas que situando la felicidad fuera de la historia aspiran a reinserta la esperanza laica de la misericordia

como otra forma de derecho y ejercicio de la justicia en, frente, contra los discursos negativos de la crueldad, lo secularmente dañino de la jurisprudencia de clase, los privilegios inquisitoriales y la prevalencia de sus tics religiosos. Una poética en las afueras de la preceptiva que de manera definitiva se ha salido del surco, confrontada a la divagación, al merodeo en torno a las partes de la metafísica y la materia de su todo, la herencia que la religa con lo ancestral del límite, el concierto y la desavenencia entre sentido y sonido, entre función y necesidad. Una práctica poética menos susceptible de ser absorbida por las estructuras de dominación y en cuyo acto de pensar se actualice el debate sobre la emancipación ética de su tarea, de haberla, como lenguaje de la otredad, lo que equivale a redefinir los vínculos entre el poeta de cultura y las sociedades de responsabilidad civilizatoria, es decir, un dar cuenta de sus erosiones y hacerse cargo imperativamente de la problemática del individuo.

Puede la poseía entendida como una posible razón en el afuera, vivacidad dialéctica del recuerdo ante el paradigma contemporáneo de la cultura del olvido, asumir el desafío de plantear el olvido como otra variante de la traición a la verdad histórica del sujeto en fuga de lo humano, la víctima reiterada de las barbaries de religión, el autoritarismo político y las ideologías supremacistas. La memoria de la poesía no ha de servir a la razón práctica ya que su dar cuenta de la intimidad del mundo no es formulable como teoría, sino como consecuencia del ámbito de fuerzas que interactúan en modo biológico y de manera emocional, incluso químicamente, sobre la naturaleza del lenguaje. Asistimos a la dramatización del simulacro, a la tachadura ocasional de la tragedia, al nuevo constructor de las deidades triviales del consumo y los arquetipos mercantiles. Es el reciclaje de la modulación de las marcas y estereotipos de clase los que representan el gran espejismo sociológico de los modos tranquilizadores y masivos de la moda, los efectos secundarios la llamada alta costura, o la no menos paradójica consagración del reflejo que ahuyenta todo atisbo de entusiasmo ante el progreso moral: la gastronomía de alta cocina exhibida como paradigma de los logros y avances civilizatorios ante la generalización masiva de los crímenes por hambre. Vivimos en la intensificación del mañana en la futilidad. No ya se aguarda una poesía para los tiempos de penuria, sino una palabra para la época donde la ruina ha confirmado el presente como antesala del porvenir anodino, la pérdida de memoria de las conquistas históricas en su lucha por el bienestar y el sometimiento de la corrección pública a un estado de corrupción despótica. Es el tiempo poético del viejo Eliot que ya no contiene la incumplida promesa del tiempo pasado y en cuyo hipotético entorno no se adivina ninguna otra forma de consolación que no sea la restitución del imaginario moral de la piedad. Es otra poética la que se desea para que el deseo se inmiscuya en la polémica, desequilibre la verticalidad académica del saber y ponga de nuevo en relación ese conocimiento que de *mí* hay en un *otro* y de las cosas que alrededor de *mí* conforman ya no solo el experimento crítico del mundo que llamamos realidad, sino aquel otro pensamiento en espiral que denominamos error de percepción y tan próximo a la inteligencia es aún hoy lo real invisible.

No será desde las reguladas industrias del símbolo sino desde su lado antagónico, de los tinglados del desecho y los garajes del reciclaje ecléctico, de donde provengan las ideas que no han servido para otra cosa que para dar la vida por ellas. Es por la gatera de lo inadvertido cotidiano, desde el hambre implacable de los soñadores, donde se asoma la voz del poema, la dignificación de la poesía intensificando la experiencia humana con la razón emancipadora de un recuerdo, el imperativo categórico de la superioridad moral del siempre



inocente ante el verdugo, el acto taumatúrgico de la voz que enuncia el soy *inocente*, el *tengo derechos*, el *no me mates*. Es la consolación restauradora de las promesas dialécticas del habla sobre la cicatriz ominosa, y paradójicamente también creación humana, de las ideologías de la desgracia.

No es tarea de excelencia la que se espera del poeta del tiempo futuro, sino la sabiduría de haberlo sido en el tiempo pasado. Es la filiación lingüística con la causa indefinible de la verdad de las palabras; la necesidad de replantearse la naturaleza del lenguaje poético no tanto como una sistemática de una práctica específicamente vinculada a los estudios de la variación lingüística, sino como un párrafo relativo a la actualización y toma de conciencia del individuo enfrentado a la naturaleza inherentemente meditativa de la conciencia humana. Un lenguaje que se inmiscuya en la médula de lo vulnerable con el pensamiento que vincula en un acto de semejante creencia lo enigmáticamente hermoso y la deliberatoria salud de lo mágico. Una, acaso, activa no complacencia por la basura como valor ritual de la basura y la pornografía secundaria de los placeres tecnológicos, un oponerse a la escatología del canon en el teatro de la muerte donde *La Santa Información* del consumo ya no aporta relato a la vida y donde la materia poética - la oscura pobreza donde sigue meditando Tadeusz Kantor representa definitivamente el papel secundario del apuntador, el de recordar el texto prefijado históricamente a los protagonista de la tragedia, a las víctimas morales del horror y las renovadas guerras dinerarias.

Textos de error entonces contra la perfección de lo sistemático, poemas de error de los que pueda surgir la opción liberalizadora, el valor de la presencia que no vino, las palabras a cambio de las definitivas recompensas de la nada. Esa pudiera ser la hipótesis, la sublevación ante el daño, la asamblea de la contra disciplina, el gesto insurrecto del que negándose a seguir transmitiendo el recado de los legisladores se sume a la revuelta contra el *tan viejo olor del silencio*. Si, el no de Czeslaw Milosz a los disciplinantes, el no poemático que en la coralidad de lo bello y lo justo une en una inolvidable cualidad de bien civil la sabiduría de resistente Galileo Galilei, la fraternidad de Whitman, la desobediencia de Wilde, la ironía libertaria de Nicanor Parra o la permanente restitución de dignidad civil que activan los poemas de Antonio Gamoneda.



Juan Carlos Mestre. (Fotografía de José Antonio Robés)